

El mayor amigo o enemigo del patrimonio arqueológico: EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN

RESUMEN

Es en el proceso de investigación en donde se encuentra la clave para la protección del bien patrimonial. En la medida en que la investigación sea sólida, seria y ofrezca información nueva y relevante y en la que esta llegue al público en general, existirá una mayor tendencia hacia el resguardo del recurso por preservar. Por otra parte, la información proveniente de la investigación científica es, en sí misma, un recurso patrimonial que, de igual forma, debe ser resguardo y protegido.

PALABRAS CLAVES: patrimonio cultural, arqueología, investigación científica, información.

ABSTRACT

The research process is the key for the protection of what we consider as cultural heritage. To the extent that our research is solid, serious and offers new and relevant information, and to the extent that it reaches the general public, there will be a greater tendency on behalf of the public to preserve their cultural heritage. Moreover, information from scientific research is, in itself cultural heritage which must likewise be sheltered and protected.

KEYWORDS: cultural heritage, archaeology, scientific research, information.

**Mauricio
Murillo Herrera**
Ph.D. y M.A. en
Antropología (Arqueología),
University of Pittsburgh,
Pennsylvania. Docente de
la Escuela de Antropología,
Universidad de Costa Rica
e Investigador asociado al
Departamento de Antropología
de la University of Pittsburgh,
Académico de número de
la Academia de Geografía e
Historia de Costa Rica.
mmhaccr@gmail.com

Como su título lo establece, el argumento que acá desarrollamos establece que el éxito o el fracaso de cualquier intento de salvaguarda o de protección del patrimonio arqueológico, en último caso, dependerá de la cualidad y la cantidad de información que podamos ofrecer al público acerca del bien o bienes que deseamos proteger. Para desarrollar este argumento, partimos de la conjunción de varias premisas fundamentales desarrolladas por múltiples autores en torno al tema de la protección del patrimonio arqueológico y su relevancia para la sociedad. La primera de ellas señala que los mejores y más eficientes protectores del patrimonio son, en realidad, la gente, el público,



Si el investigador no provee de información al público, este la tomará.

los ciudadanos (Lipe, 1974: p. 1978). La segunda premisa es que la única manera de que la premisa anterior se dé es si la gente considera importante preservar dicho patrimonio. La tercera premisa es que la única forma de que la gente considere importante preservar el patrimonio es si está informada acerca de este. La cuarta, es que la gente constantemente busca información acerca del pasado y del bien arqueológico y si el investigador no lo provee, la gente lo tomará de fuentes que, muy posiblemente, ofrecerán explicaciones que van en detrimento de la investigación y de la protección del patrimonio. Y la quinta premisa es que los informes detallados de investigaciones realizadas son patrimonio arqueológico en sí mismos (Drennan, 2001), dado el hecho de que el contexto arqueológico es único y, por lo tanto, irrenovable (Petrie, 1904: pp. 169-178).

Si aceptamos la primera premisa, que el público es el protector del patrimonio por excelencia, entonces, la función del Estado sería la de intermediario, es decir, de puente o enlace entre los intereses y las prioridades que establece el público y los bienes por proteger. Recordemos que, al menos en principio, las prioridades y la agenda de inversión y salvaguarda del Estado son establecidas por el pueblo quien lo elige. Al menos eso sucede en Estados democráticos. Es decir, el interés que tenga el Estado en invertir en la preservación y la investigación de un bien patrimonial dependerá, en última causa, del interés y de la percepción que tenga el ciudadano sobre él. Una forma aún más directa de demostrar la importancia de la gente en la protección del patrimonio arqueológico es pensar directamente en sitios arqueológicos y sus artefactos; sabemos que estos se encuentran, mayoritariamente, dentro de propiedades privadas, a merced de la gente que vive alrededor. Esto quiere decir que dichos bienes están en manos de la gente, del público, quienes pueden, libremente, permitir o ejercer su destrucción o bien protegerlos y preservarlos.

No obstante, considerando la segunda y la tercera premisas, sería extravagante, e incluso absurdo, pensar en que la gente conserve algo simplemente por conservarlo, sin tener conocimiento de qué es ni para qué sirve. Nadie toma una decisión así, especialmente si conservarlo implica un costo muy grande (por ejemplo, en términos de impuestos e inversión pública), o por la prohibición de no poder construir infraestructura en nuestras propias propiedades, o cuando, simplemente, implica tener que contener nuestra propia curiosidad (y la de otros) por aquello que nos es desconocido, exótico y, quizá (según las leyendas), la posibilidad de encontrar un "tesoro". Cuando alguien decide conservar algo de forma intacta es porque se tiene conocimiento acerca de ese bien y porque dicho conocimiento ha generado un vínculo intelectual o sentimental con este y, además, se conoce de la importancia de no intervenir el bien, de aislarlo de cualquier elemento que lo pueda alterar o dañar.

Ese conocimiento puede señalarnos que ese bien tiene el potencial de generarnos algún tipo de rédito si lo mantenemos intacto y si lo preservamos justamente para el "experto". En cualquier caso, un previo conocimiento del bien, aunque sea ligero y preliminar, se convierte en un aspecto fundamental e ineludible a la hora de que alguien toma la decisión de alterarlo, mutilarlo o destruirlo.

Mucho se ha dicho ya, desde la llamada Arqueología Social (ej. Clark, 1939; Kohl y Fawcett, 1996; Bate, 1977; Fonseca, 1988) –ya sea en su versión inglesa o su versión iberoamericana–, acerca del tema del para qué le sirve a las comunidades y a la sociedad en general la investigación arqueológica y el patrimonio arqueológico. La prioridad que se le ha dado al componente deontológico dentro de esta escuela no es sino otra perspectiva, otra forma de enfocar la estrecha relación entre la investigación y la conservación del patrimonio: la conservación del patrimonio está mediada por la función que tiene esta para la sociedad y dicha función está dada por la investigación misma.

No obstante, sería muy ingenuo, por parte de los investigadores, creer que la gente va a esperar a que los científicos se dignen –tal cuales Prometeos– a robar el fuego de los dioses y entregárselos a ellos; esto nos lleva a la cuarta premisa. El ser humano está ávido de información, de conocimiento nuevo del que puedan luego hacer alarde con sus amistades y parientes. La historia del desarrollo de nuestro cerebro, del paso de la biblioteca a Internet y la aparición de Wikileaks son claras evidencias de ello, y no importa de dónde provenga la información. Los puestos de revistas, plagados de temas pseudocientíficos combinados con temas científicos, así lo atestiguan. Es bien conocido que medios masivos de comunicación como HISTORY o DISCOVERY CHANNEL hacen uso y abuso de la especulación como herramienta argumentativa al exponer temas de Historia, Física y Astronomía, dando rienda suelta a la imaginación de sus guionistas y colaboradores, sin importarles mucho el sustento científico y factual de sus argumentos. En sus transmisiones, lo mismo se difunde programas de OVNIS y fantasmas que de la Segunda Guerra Mundial y de la Teoría de la relatividad restringida. Pareciera como si el anarquista epistemológico Paul Feyerabend fuera su jefe de programación –todo tema y ocurrencia está al mismo nivel gnoseológico, todo vale–. Esto es justo de lo que Enrique Santos Discépolo se lamentaba en su famoso tango *Cambalache* y lo que Carl Sagan, alguna vez, denunció en su libro *The Demon-Haunted World*. Y es precisamente en el primer capítulo de dicho libro (Sagan, 1996) en donde encontramos la razón de este fenómeno: la gente está ávida de información y la van a obtener de quien se las provea, ya sea la ciencia o la especulación o pseudociencia, y está claro que los proveedores más eficientes de información son estos últimos; la ciencia hace un pésimo papel en la difusión del conocimiento. Y como lo demuestra Sagan, esto no se debe a que la ciencia sea aburrida e insípida frente a la pseudociencia y la especulación, sino porque los científicos somos muy ineficientes en ofrecer el conocimiento al público.

Es así como, pasando a lo arqueológico, debemos admitir que, si la información que llega a la gente enfatiza en la excavación y en el descubrimiento de lo exótico y de lo estéticamente valioso, no podemos pretender que la gente no huaquee. Y si a eso le agregamos un énfasis en lo monumental, no podemos pretender que la gente comprenda que el desarrollo humano no es unilineal, que es múltiple y diverso y que es importante conocer todas sus manifestaciones, no solo la historia de Occidente. Cuanto mayor énfasis exista en lo monumental y exótico, mayor detrimento existirá en contra del estudio y la preservación de todo aquello que no



sea egipcio, andino, mesoamericano o proveniente de China o Mesopotamia. Y si a todo lo anterior le agregamos un énfasis en la especulación y en la libre interpretación, sin ningún vínculo con la evidencia empírica y con el método científico, flaco favor le hacemos a la profesión, al acto mismo de investigación del patrimonio y, de paso, pondríamos seriamente en entredicho la valía o el provecho de nuestros años de estudio en una universidad. Si cedemos ante las tendencias o las corrientes relativistas del conocimiento, tan fuertemente arraigadas en las últimas décadas dentro de las Ciencias Sociales, entonces estaríamos, inevitablemente, cediéndole la razón a quienes, bajo el argumento de que el conocimiento es relativo y, por ende, "inventado" por las clases dominantes, estipulan, entonces, que la investigación científica o académica es una actividad inocua, ociosa, irrelevante (Bunge, 2006: pp. 9-87). Ser consecuente con este tipo de posición implica, en última causa, que considerar algún elemento de la sociedad como valioso, patrimonial, digno de investigación y preservación es una decisión enteramente relativa y, por lo tanto, tan subjetiva, relevante y válida como la opinión de quien decide que ese mismo bien es insignificante, representa un estorbo y debe ser destruido, demolido, o bien, aquel que piensa que el gasto en investigación científica y en actividades de índole académico debe ser fuertemente recortado. Recordemos, según los relativistas epistémicos toda "opinión" o juicio es igualmente válido, la "opinión" de los científicos o expertos no es más calificada que otra.

No obstante, sería simplista, poco constructivo y relevante quedarnos en la crítica y en el descontento por la situación expuesta sin entrar en el análisis del por qué las cosas que consideramos importantes no reciben la atención que creemos deberían tener.

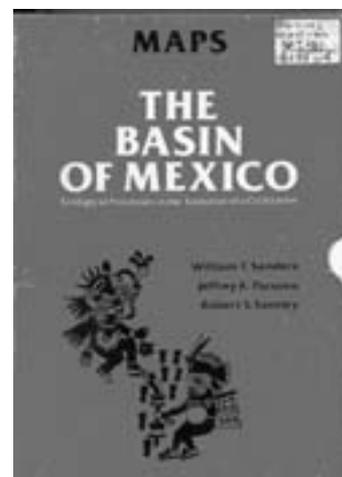
El problema, claro está, es un asunto acerca de calidad y de difusión de la información que se obtiene por medio de la investigación. Algunos autores (ej. Christenson, 1979 y Salwen, 1981) han enfatizado en la curaduría de grandes cantidades de materiales producidos por investigaciones arqueológicas y en las oportunidades de investigación que dichas colecciones presentan, así como en los costos de esa preservación. No obstante, la preservación de la información recobrada en la investigación arqueológica establece temas igualmente importantes y complejos. No basta con excavar y preservar los materiales excavados, ya en otras ocasiones nos hemos referido a las decisiones intrínsecas a los procesos de investigación y de cómo estas afectan las posibilidades de investigación en el futuro (Murillo, 2008); sin embargo, deseamos enfatizar en otro aspecto de este proceso: la preservación y la conservación de los resultados de lo que investigamos. Si la información relacionada a nuestras investigaciones no se preserva y no se pone a disposición de quienes podrían darle un buen uso, entonces, en realidad,



dicha información, para efectos prácticos, no existe, esta ha sido destruida y, por lo tanto, como investigadores, no somos mejores que los huaqueros y coleccionistas a los que el gremio unánimemente condena.

Aun cuando uno podría argumentar que existen formas de investigación arqueológica que no son tan destructivas (como la prospección en superficie) del registro arqueológico, como lo son otras (Drennan, 2001 y Kowalewski, 1990), el imperativo de preservar y hacer disponible la información recolectada no es menos urgente. Por ejemplo, las

prospecciones a escala regional están entre los proyectos arqueológicos más costosos y, aun si alguna de ellas podría, en principio, repetirse, esto representaría un enorme gasto de recursos escasos; recursos que podrían ser invertidos en otras formas de protección o preservación del patrimonio arqueológico. Para decirlo de una forma más directa, la mayoría de prospecciones regionales no podría ser repetida, no porque estas tuvieran un efecto destructivo sobre los sitios registrados, sino debido a que la expansión urbana y otros procesos han destruido muchos de esos sitios. El ritmo de destrucción de sitios arqueológicos en muchos lugares es tan rápido que, en pocos años, el objeto de estudio va a ser destruido irremediabilmente. Además, los recursos disponibles para investigación arqueológica son tan escasos que no deberían ser empleados para repetir estudios que ya han sido hechos.



LOS RESULTADOS DE NUESTRAS INVESTIGACIONES

Es así como, entonces, preservar y hacer disponible la información recobrada en la investigación arqueológica surge con un tema de gran importancia en la protección del patrimonio arqueológico. Dado que no podemos replicar nuestros estudios, entonces es esencial que los documentemos con suficiente detalle como para hacer posible que otros investigadores puedan replicarlos “sobre el escritorio” y así exponerlos al análisis y a la crítica, lo que Karl Popper (1934) alguna vez denominó “honestidad intelectual”.

Entonces, si la investigación arqueológica es irrepetible y única ¿no deberíamos acaso considerarla como patrimonial? Pero aquí no nos estamos refiriendo al producto ya sintetizado en artículos de revistas o libros editados, nos referimos, más bien, a los informes de excavación o de prospección, los cuales representan el núcleo de la investigación arqueológica. Es en ellos en donde se presenta la información recopilada en su totalidad y, por lo tanto, constituye la fuente de información para artículos o libros que surjan de la investigación. Es en ellos en donde se plasma, en detalle, la investigación arqueológica de forma que sea fácilmente comprensible y que provea apoyo a las conclusiones a las que arriba el investigador. Así es como estos informes representan lo que los historiadores llamarían “la fuente primaria” en arqueología.

En la práctica de la arqueología en Costa Rica, la publicación de informes –producto de investigaciones arqueológicas– es una práctica muy rara, tanto por nacionales como por extranjeros y, en los pocos casos en que se ha dado, estos no pasan de ser un recuento parcial de los materiales encontrados o un muy breve y condensado ensayo, a lo cual me referiré más adelante. Por otra parte, la enorme mayoría de información se queda encajonada en archivos institucionales –en el mejor de los casos– o personales –en el peor de los casos–. Esta problemática no es exclusiva del ámbito local; ya arqueólogos de otras latitudes se han lamentado de la marcada disminución en la publicación de informes completos a expensas del incremento de artículos y libros editados.

Es un hecho de que, hoy día, informes completos de investigación comprenden una muy pequeña porción de la literatura arqueológica.

Ahora bien, no todos los arqueólogos tienen la misma idea sobre qué es un informe o sobre lo que este debería de contener (Drennan, 2001). No obstante, parece claro que el contenido de este debería estar guiado por lo que el investigador quiere averiguar en primer lugar; he aquí la importancia del diseño de investigación. Es decir, los informes deben decirnos, en detalle, qué preguntas se deseaban responder y en qué contexto teórico-práctico son relevantes dichas preguntas, qué estrategias metodológicas se seleccionaron para responder las inquietudes de partida, qué información se recuperó y cómo se hizo, qué análisis se hicieron a la información recuperada y cuáles fueron los resultados. Y, finalmente, qué nos dicen los resultados respecto a nuestra pregunta o preguntas iniciales. Es decir, ¿qué conocimos nuevo?, ¿qué sabemos ahora que antes no se conocía? Ergo, al leer un informe, nosotros –como lectores– deberíamos ser capaces de decidir por nosotros mismos si las conclusiones a las que arribó el investigador se sostienen sobre la evidencia y los análisis expuestos o no. El nivel de detalle que se requiere para lograr hacer posible esto hace que los artículos de revista o de capítulos de libros editados sean inviables como medios de publicación de este tipo de información; el exponer toda la información requerida para posteriores reanálisis requiere de mucho tiempo y de muchas páginas.

Si los arqueólogos no publicamos informes detallados de nuestras investigaciones ni privilegiamos la publicación de artículos y capítulos de libros, entonces estamos frente a una arqueología cuyo producto está completamente divorciado de su base empírica. Sin ellos nunca podríamos evaluar las interpretaciones del registro arqueológico que ofrecen nuestros colegas. La función de estos –ligar las conclusiones a las que llega el investigador con su base empírica– es lo que convierte al informe de investigación en un aspecto central y fundamental en el tema de la protección del patrimonio arqueológico. Además, es importante señalar que las observaciones hechas durante la investigación arqueológica, a veces, son relevantes para propósitos que nada tienen que ver con los objetivos que perseguían los investigadores originales (Drennan, 2001). En la medida en que los informes sean realmente detallados y completos, estos tendrán el potencial de ser utilizados para propósitos que, quizá, nadie había sospechado en el momento en que el trabajo de campo fue llevado a cabo pero que, varios años o décadas después, representan información invaluable. La posibilidad de usar la información que ya ha sido recobrada y presentada en detalle en un informe nos puede librar de la necesidad de excavar (y así destruir) aún otro sitio para encontrar cosas que ya habían sido encontradas pero que no habían sido reportadas adecuadamente.

Es así como los informes de investigación representan (o deberían representar) el punto de origen de cualquier interpretación acerca del pasado remoto del patrimonio arqueológico, del cual, como vimos, también es parte fundamental. Sin la disponibilidad de los informes de investigación se hace imposible crear conocimiento y, por lo tanto, no es posible decir nada nuevo sin caer en la especulación y en la libre interpretación, lo cual nos pondría, a nosotros los arqueólogos, en el mismo nivel intelectual que quienes claman que el coleccionismo privado y la destrucción de sitios que no son importantes está bien, dado que, al fin de cuentas, esos “chunches viejos” solo tienen, en el mejor de los casos, un valor estético pero, en ningún modo, histórico. Pero si mediante investigaciones sistemáticas, programáticas, dirigidas a crear nuevo conocimiento y a no repetirse en un círculo de discursos teleológicos y que plasmen abiertamente diseño y ejecución en detalle logramos presentar escenarios históricos del pasado, con base en información patrimonial, entonces lograremos interesar a la gente y, a su vez, despertaremos en ellos la necesidad de resguardar y conservar las fuentes de conocimiento.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El proceso de investigación y el proceso de preservación y conservación de bienes patrimoniales están estrechamente ligados. El financiamiento de la investigación depende directamente de cuánto dinero el público desee desembolsar para ese fin y esto, a su vez, depende de qué el público considera que es interesante conocer. Por otra parte, la decisión de si algo es patrimonial o no depende de la investigación, del saber, y sabemos que es muy oneroso preservar cierto tipo de bienes, así que, una vez más, la decisión y el acto de invertir recursos en preservar o conservar algo dependerá, en último caso, de la decisión del público, decisión que estará directamente guiada por el interés y el conocimiento que tenga este al respecto. Todo el acto de preservar un bien pasa, en última instancia, por la calidad y la cantidad de información que llega a la gente, al público, sobre este bien.

Las investigaciones deben estar diseñadas con el objetivo de proveer al público con información, con conocimiento acerca de estos bienes. Esta tarea no es fácil, por el contrario, está llena de obstáculos que el científico debe salvar; no obstante, la principal traba que debemos enfrentar se refiere a las tendencias relativistas y anticientíficas presentes en nuestras disciplinas académicas (Sokal y Bricmont, 1998), las cuales terminan haciendo que se gaste gran cantidad de recursos valiosos en “investigaciones” teleológicas y argumentativamente circulares. Estas tendencias únicamente logran que el público no logre diferenciar entre la academia y la ciencia, por un lado, y la especulación, el amarillismo y la industria del entretenimiento, por el otro. ¿O acaso realmente estamos dispuestos a argumentar que son exactamente la misma cosa? ¿Qué no hay diferencias entre ambos ámbitos? Yo, definitivamente, no lo estoy.

La información proveniente de nuestras investigaciones es lo que marca la diferencia entre si algo se conserva y se preserva o no; además, por lo menos en el caso de la arqueología, la investigación es cara y casi exclusivamente financiada con dineros provenientes de los contribuyentes. Esto nos lleva a la conclusión de que los resultados de investigación son un bien patrimonial que tiene una función dual y vital: la de informarnos respecto a la realidad que nos rodea y la de permitirnos formarnos una opinión respecto a qué debemos conservar o preservar para la posteridad y qué no.

BIBLIOGRAFÍA

- Bate Petersen, Luis F. (1977). *Arqueología y materialismo histórico*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- Bunge, Mario. (2006). *Chasing Reality: Strife over Realism*. Toronto: University of Toronto Press.
- Christenson, Andrew L. (1979). Cultural Resource Management: The Role of Museums in Cultural Resource Management. *American Antiquity*. 44. Pp. 161-163.
- Clark, Grahame. (1939). *Archaeology and Society*. London: Methuen & Co.
- Drennan, Robert D. (2001). Information as Patrimony: Where are the Results of Archaeological Research? En: *Archaeological Research and Heritage Preservation in the Americas*. Editado por Robert D. Drennan y Santiago Mora. Society for American Archaeology. Washington, D. C. Pp. 10-25.

- Fonseca Zamora, Óscar M. (1988). Historia antigua ¿para qué?: la herencia cultural y su relevancia para el futuro de los pueblos latinoamericanos. En: *Avances de Investigación, del Centro de Investigaciones Históricas*, N.º 43. Centro de Investigaciones Científicas, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica.
- Kohl, Phillip L. & Fawcett, Clare (editores). (1996). *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kowalewski, Stephen A. (1990). Merits of Full-Coverage Survey: Examples from the Valley of Oaxaca, Mexico. In: *The Archaeology of Regions: A Case for Full-Coverage Survey*. Edited by Suzanne K. Fish and Stephen A. Kowalewski., Washington, D. C.: Smithsonian Institution Press.
- Lipe, William D. (1978) A Conservation Model for American Archaeology. En: *Conservation Archaeology: A Guide for Cultural Resource Management*. Editado por Michael Schiffer y George Gumerman. Academic Press, New York. Pp. 19-42.
- _____. (1974). A Conservation Model for American Archaeology. *Kiva*. 39: 213-245.
- Murillo Herrera, Mauricio. (2008). Monumento Nacional Guayabo: requisitos fundamentales de la investigación arqueológica. *Herencia*. 21. Pp. 47-54.
- Petrie, W. M. Flinders. (1904). *Method and Aims in Archaeology*. New York: Macmillan.
- Popper, Karl. (1935). *Logik der Forschung*. Vienna, Austria: Verlag von Julius Springer.
- Sagan, Carl. (1996). *The Demon-Haunted World: Science as a Candle in the Dark*. New York: Random House.
- Salwen, Bert. (1981). Collecting Now for Future Research. En: *The Research Potential of Anthropological Museum Collections*. Editado por Anne-Marie Cantwell, James B. Griffin y Nan A. Rothschild. *Annals of the New York Academy of Sciences*. Vol. 376. New York: New York Academy of Sciences.
- Sokal, Alan & Bricmont, Jean. (1998). *Intellectual Impostures*. London: Profile Books.